

ENTREVISTA A JORGE LARROSA El oficio de enseñar: una conversación con Jorge Larrosa

*Por María Noel Mera
Nancy Aquino
Mariano Campilia
Desireé Toibero**

*

Universidad Nacional
de Córdoba, Argentina.
maria.noel.mera@unc.
edu.ar; nancyaquino64@
gmail.com; mariano.
campilia@unc.edu.ar;
desireetoibero@gmail.com

Jorge Larrosa Bondia ha sido, hasta su jubilación, profesor de Filosofía de la Educación en la Universidad de Barcelona. Licenciado en Pedagogía y en Filosofía y Doctor en Pedagogía, realizó estudios postdoctorales en París y Londres. Sus numerosos libros han sido publicados en España, Francia, Argentina, Colombia, México, Venezuela y Brasil. Ha sido profesor invitado en diversas universidades europeas y latinoamericanas.

En tiempos en los que la educación pública y el oficio docente son –una vez más– cuestionados, erosionados y precarizados, leer y escuchar a Jorge Larrosa es entrar en una conversación que elogia, dignifica y defiende nuestros quehaceres diarios pensados en clave arendtiana¹, esto es, como algo que tiene que ver con el amor y con la transmisión, la comunización y la renovación del mundo.

¿Qué implica hoy repensar la relación entre experiencia y formación? ¿Qué apuestas formativas habilitar en las escuelas y las universidades? ¿Qué es

¹ Hacemos referencia aquí al último párrafo del ensayo de Hannah Arendt, titulado La crisis en la educación. Este se encuentra en su libro *Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios sobre la reflexión política* (2016).

lo que vale la pena conservar, resguardar y proteger frente a tanta intemperie? ¿En qué lengua hablar hoy lo educativo? ¿Cómo disputar ciertos sentidos a quienes quieren degradar la lengua y cancelar las memorias? ¿Cómo alargar el mundo hacia el pasado y el futuro, pensándolo históricamente? ¿Qué relación hay entre la palabra y el oficio docente? ¿De qué estamos hechos los profesores?

Esos asuntos se fueron tejiendo en un encuentro con Jorge Larrosa², que lejos de parecerse a un diálogo estructurado, devino en una conversación franca entre profesores que nos permitió, a quienes participamos en ella, alejarnos de la urgencia y de la prisa, para hacer comunidad (Skliar, 2023). Terminando este primer encuentro, que tuvo lugar hacia finales de 2023, se gestó la posibilidad de una nueva visita del Dr. Larrosa a Córdoba, concretada en abril de este año, oportunidad en la cual generosamente se hizo presente en una de nuestras clases con estudiantes de la Cohorte 2024 –futuros profesores en Historia– y brindó también una conferencia en la Universidad Nacional de Córdoba.

En el prólogo de su texto más reciente, el autor señala:

A veces nos parece que vivimos un tiempo sin alma, un mundo desalmado; que se nos cae el alma a los pies y la tenemos por los suelos; que el desánimo nos corroe y no podemos con nuestra alma, como si nos pesara o se nos encogiera. Ahora sé que comencé la escritura, quizás sin saberlo, como una especie de ejercicio de reanimación, como un intento de pulsar el estado de mi alma y su afinación (o desafinación) con el mundo y con los otros. (Larrosa, 2023, p. 20)

En medio de este tiempo de desánimo que atravesamos, aquella clase, la conferencia que brindó y esta conversación que hoy compartimos con los lectores de *Reseñas*, bien pueden leerse como “ejercicios de reanimación”, como maneras de sentirnos menos solos, como refugio para preservarnos en medio de este clima tan enrarecido.

Nos parece indispensable mantener abierta esta conversación a propósito de nuestro oficio, quizás porque como plantea Lorenz (2019), “cualquiera que trabaje con jóvenes está obligado a ser optimista, aunque la realidad lo desmienta, y a proponer un futuro, aunque le cueste reconocerlo entre los destellos de lo que parece un horizonte alcanzado”. Más allá de lo difícil que parezcan los tiempos –o quizás justamente por eso– aquí estamos: juntos, conversando como una forma de tejer comunidad, de defender la educación y nuestro oficio en lo que tiene aún de bello, justo y bueno.

² El encuentro se realizó el jueves 16 de noviembre de 2023, en la ciudad de Córdoba, Argentina.

Equipo Docente (E.D.): Jorge, como te comentamos ayer, desde hace ya muchos años leemos tus textos con mucho interés y sin dudas han resultado para nosotros muy estimulantes. Hay tres núcleos de tu pensamiento que nos han interpelado especialmente como formadores de profesores y seguramente no vamos a ser muy originales: la noción de “experiencia” y su relación con la formación; tus reflexiones sobre la importancia del lenguaje y la narración en el oficio docente y estos últimos textos a los que se alude como la “Trilogía del oficio”³, en la cual propones algunos asuntos para conversar a propósito de las maneras, los gestos y los materiales que se ponen en juego entre los profesores. En el primer texto de la trilogía, el que escribiste en co-autoría Karen Rechia, tu *P de Profesor*, le dan algunas vueltas al asunto de la experiencia. Comentas allí que estás un poco desencantado con ciertas formas en las que algunos se han apropiado de esa palabra y que, por tanto, quizás valga la pena pensar en cierto desplazamiento desde la idea de “experiencia como transformación del sujeto” hacia la idea de “ejercicio como atención al mundo”. Queríamos iniciar esta conversación entonces pidiéndote algunas pistas más para pensar ese desplazamiento...

Jorge Larrosa (J.L.): No hace mucho preparé una conferencia sobre la experiencia, aunque mi último texto sobre eso debe tener unos quince años... Entonces, uno tiene que volver a ponerse en cosas que ya no practica, por lo que aproveché para volver a leer todos los textos sobre experiencia de Walter Benjamin, porque la manera como canto la palabra –que se puede cantar de muchas maneras– pero yo, a veces, la canté con *El narrador*, con *Experiencia y pobreza*, con los textos de Walter Benjamin. Me di cuenta de que Benjamin dice una cosa muy curiosa, porque trabaja siempre con las dificultades de la experiencia, que tienen que ver con la falta de tiempo, con la primacía de la sensibilidad sobre el entendimiento, con el individualismo. Entonces él dice que si no se arrepiente de esas cosas es porque le parece que hendió –él usa la palabra “hendir” como hacer una brecha– el concepto sin romperlo. Pero es verdad que siempre trabaja como abriendo una bipolaridad entre lo que sería una “falsa experiencia” y la “verdadera experiencia”. Trabaja como diciendo: “Bueno, quizás esta palabra hay que dejársela al enemigo, porque está muy contaminada... Sin embargo, quizás es capaz de decirnos todavía alguna cosa si la cantamos de otra manera”. A mí eso me llamó un poquito la atención.

Ahora, es verdad que, en relación con esta época del capitalismo, la experiencia ha sido totalmente mercantilizada: ahora no se venden cosas, sino

³ La trilogía se compone de los siguientes textos: Larrosa y Rechia, *P de Profesor*, 2018; Larrosa, *Esperando no se sabe qué. Sobre el oficio de profesor*, 2019 y Larrosa, *El profesor artesano. Materiales para conversar sobre el oficio*, 2020.

la experiencia de la cosa y es casi un imperativo social eso de “experimenta”, “prueba”, “vive”, “ensaya” y esas cosas que, en otra época, parecía que podían decir algo... Pero ahora, no lo sé muy bien.

Una vez hice un abecedario que está colgado en alguno de estos sitios. Entonces, con la letra “D”, todo el mundo esperaba “diferencia”, puse “disciplina”; con la letra “E”, todo el mundo esperaba “experiencia”, puse “ejercicio”; con la letra “A”, todo el mundo esperaba “amor”, y puse “atención”. Entonces: es verdad que hay un cierto desplazamiento. Creo que se lo debo –aunque también a una cierta evolución personal– a cuando empecé a leer en serio a Jan Masschelein⁴ y a defender una idea de escuela que tiene mucho que ver con lo escolar, con la enseñanza y el aprendizaje de algo, no tanto con la emoción, la transformación del sujeto y esas cosas. Creo que allí está un poquito el giro... Pero, ¡vamos! No sabría muy bien qué decirnos sobre eso, porque al mismo tiempo, como ahora con vosotros, me encuentro con gente que me dice: “Cuando leímos tus cosas de antes, sobre experiencia y formación, sobre la novela de formación, sobre el relato de formación, y cómo se llega a ser lo que se es, y esas cosas... Las leímos con tanto cariño y fueron tan importantes para nosotros...”. Entonces ahí es como que me parece mal esa renuncia y pienso que algo habría ahí de interesante: que te lo digan los lectores, que te digan ellos qué había ahí de interesante.

E.D.: No sabemos si coincidias, Jorge, pero a veces vivenciamos cierta tensión entre la idea de la formación como un “viaje abierto” –que compartiste con tus lectores desde *Pedagogía Profana* (2000)–, sin itinerario establecido de antemano, porque conduce a cada quien a lo suyo y por tanto, es una ruta que no se puede prefijar, y la formación de docentes en las universidades, que se da en el marco de dispositivos que tiene formas muy precisas de desenvolverse a lo largo del tiempo, que establecen criterios para la acreditación... ¿Hay alguna tensión allí? ¿Será que no podemos ser tan “larrosianos” como nos gustaría para pensar la formación?

J.L.: A lo mejor está bien que las instituciones no dejen, que las instituciones funcionen como funcionan... Hoy, por ejemplo, me ha llamado mucho la atención algo que ha dicho Inés⁵, no públicamente sino en una entrevista que le han

⁴ Jan Masschelein es Profesor en el Centre for Educational Policy and Innovation y en el Laboratory for Education and Society, de la Universidad Católica de Leuven, Bélgica. Es coautor, junto a Maarten Simons, del texto *Defensa de la Escuela. Una cuestión pública*, que publicó en español Miño y Dávila en el año 2014 y al cual Jorge hace referencia en esta conversación.

⁵ Se refiere a Inés Dussel y a una actividad que compartieron en el Instituto Superior de Estudios Pedagógicos, en la ciudad de Córdoba, en noviembre de 2023.

hecho después. Ha dicho: “La escuela es el único lugar donde los conocimientos y la adquisición de conocimientos es validada públicamente”. Es verdad que se aprenden cosas en muchos sitios, pero en la escuela hay una obligación de que eso sea validado públicamente. He pensado que es una defensa bien bonita de la tan criticada evaluación. Porque en la escuela, precisamente, lo que se hace es validado públicamente, porque la escuela es una institución pública y por lo tanto, allí no se puede hacer cualquier cosa, ni se puede hacer de cualquier manera. A mí me ha parecido importante esa idea... Tantos años atacando la evaluación y a lo mejor no está mal que haya un sitio, al menos uno –porque hay muchos sitios que funcionan de otra manera, y está muy bien–, como está muy bien que la escuela y la universidad tengan su lugar y sean uno donde haya alguien que te diga: “Por ahí no es, esto hay que hacerlo de otra manera”.

E.D.: En ese sentido, también, la tensión que provoca la rutina frente a la problematización, a trayectos que son distintos y al cómo desde la escuela, la rutina de alguna manera sostiene, permite, habilita, ¿no? Cómo esa experiencia, además, se nutre de una rutina que es fija y es para todos la misma...

J.L.: Sí, eso es curioso, ¿no? Tenemos aquí afuera ahora mismo una manifestación de la extrema derecha, ultraliberal y desreguladora⁶, cuyo lema es “La Libertad Avanza”... Es completamente desreguladora y la tenemos aquí afuera en este mismo momento, ¿no? Es verdad lo que dices, porque las instituciones que pueden resistir un poco esa marea son las que tienen una tradición muy fuerte y muy consolidada, las que tienen formas de hacer que son muy difíciles de cambiar... Entonces eso, que siempre hemos visto como un obstáculo cuando pensamos en la escuela o la universidad como instituciones –tan pesadas, tan burocráticas, tan difíciles de cambiar, tan ancladas en su rutina– a lo mejor eso es lo que las hace más resistentes. Resistentes al cambio: porque ahora, el cambio, lo dirige quien lo dirige... Pero, ¡vamos: no vayamos por ahí, porque ya estamos defendiendo la evaluación, estamos defendiendo la rutina! Pero, en fin: lo que quiero decir es que, a lo mejor, en ese impulso un poquito antiautoritario, antiburocrático, que estuvo muy bien en cierta época y que era necesario cantarlo, igual se nos fue un poquito la mano... Estos días se ha hablado un poco de los muros. La metáfora favorita de mi generación era que había que derribar los muros: donde había un muro, teníamos que

⁶ Hace referencia a que, en el mismo momento en que estábamos sosteniendo esta conversación aquel jueves 16 de noviembre de 2023, en la Av. Hipólito Yrigoyen, se había reunido una multitud para acompañar el acto de cierre de campaña de los candidatos a la Presidencia y Vicepresidencia de Argentina por el Partido “La Libertad Avanza”, Javier Milei y Victoria Villaruel, que disputaron y ganaron en el balotaje a los candidatos de “Unión por la Patria”, Sergio Massa y Agustín Rossi, realizado el domingo 19 de noviembre de 2023.

ir corriendo a derribarlo. Los muros, es verdad que encarcelan; pero también protegen. Creo que ahora los chicos viven en una intemperie muy grande y no está mal que haya algunos muros que separen algunas cosas... Como un decir: “Esto no puede ser, esto aquí no entra”. Entonces, a mí me parece que, con algunas metáforas antiautoritarias, se nos fue un poquito la mano... No es que ahora sea un momento de vuelta al orden, tampoco eso. Pero sí que es verdad, a mí me parece, que el desafío político de esta época no es tanto pensar en lo que hay que cambiar, sino en lo que hay que conservar, porque nos lo están robando casi todo. Entonces, ¿qué es lo que merece la pena conservar?

E.D.: Quizás lo interesante es pensar que sin una estructura –que eventualmente se puede luchar para transformar– no hay dónde anclar. Si uno tiene un anclaje, puede luego discutir: “Esto sí, esto no”. ¿Una escuela sin autoridad? Lo pensaríamos. Ahora: autoritaria, no. Entonces allí es donde quizás uno debería ir puliendo, pensando, repensando, en la clave de lo que decías ayer: insistir y pensar los modos de esa insistencia. En la Cátedra venimos viendo cambios y nos preguntamos en qué medida damos la posibilidad de que los estudiantes hagan su propio camino en una estructura que intenta, justamente, ir estructurándolos en función de que puedan construirse en este oficio. Pensando quizás los límites como algo que a la vez obtura y habilita: algo que parece decir “Esto, en este marco. Si querés otra cosa, sería en otro encuadre, en otro marco”. Entonces, quizás, la dificultad está en ver qué modos nuevos podemos articular, dentro de lo que nosotros creemos que es necesario para la formación. Eso, a nosotros, con las nuevas juventudes ¡nos desvela! Vamos cambiando el dispositivo en algunas de sus dimensiones para responder a la pregunta de qué hacemos frente a estas nuevas subjetividades...

J.L.: Sí... A lo mejor en eso soy más ignorante. Tengo la sensación de que tener una posición de autoridad, en el buen sentido de la palabra, es muy difícil hoy en día. Ser padre, ser profesor, ¡es muy complicado!

E.D.: Justamente una de las cuestiones a las que más refieren los estudiantes, en este ejercicio de descentramiento que implica construir ese nuevo rol que deben ocupar como profesores, es a cierta incomodidad con la idea de autoridad. Hay una sensación recurrente que comparten acerca de que construir autoridad sería algo así como resignar una cierta idea de “democracia” o de “simetría” que encuentran importante en el espacio escolar, y refieren recurrentemente esto de la configuración de autoridad como un desafío a la hora de construir su posición como profesores...

J.L.: Sí, pero fíjate lo que pasó con la pandemia... Es que una institución tan unánimemente atacada como la escuela, que es “aburrida”, “ineficaz”, “atrasada”, “machista”, “sexista”, “clasista”, “reproductiva”, de repente, la empezamos a echar en falta y los chicos la empezaron a echar en falta. Entonces: algo pasa ahí, porque la calle es peor, lo que hay afuera de la escuela, es peor...

E.D.: **Es que ahí no está el marco, ahí no está el borde...**

J.L.: Sí, ahí el individualismo es de verdad y la crueldad es de verdad... Ahora, ¿qué hay crueldad en la escuela? Sí...

E.D.: **Me parece que quizás el encuadre de la pregunta, y el leerlo e incorporarlo, es que nuestro dispositivo tiene un marco. Hay prácticas docentes, pero como equipo propiciamos que, una vez que ya han ido a realizar la práctica, invitarles a construir la experiencia... Allí quizás aparece esa tensión entre estar enmarcados en un dispositivo que tiene regulaciones –y no solo desde la universidad, sino también marcadas por las instituciones que nos reciben para la práctica– y luego ese ejercicio reflexivo que les pedimos para que puedan construir la experiencia de esa práctica. Creo que esa es la tensión: el marco regulatorio de esas dos instituciones –la universidad y las escuelas que los reciben y los albergan– y la posibilidad de reconstruir esa experiencia, para ver cómo se constituyen docentes. Esa tensión que nos atraviesa, pero quizás logramos sortearla cada año repensándonos...**

J.L.: Bueno, la universidad tiene eso de bonito, ¿no? Es una especie de vaivén... A los chicos a veces les decimos: “Vas a ir a tal sitio, para ver qué ves, y luego vuelve y lo comentamos”. Que haya un lugar como la sala de clases, o los ejercicios estos que ustedes dicen, donde lo que se ha visto en donde se ha estado tiene la posibilidad de ser escrito, conversado, elaborado, eso está muy bien. O sea que no es ni una cosa, ni la otra: lo interesante está en el movimiento de ida y vuelta.

E.D.: **Una de estas maestras que nos formaron, Gloria Edelstein⁷, habla justamente de la “formación un profesorado orientado a la indagación”, capaz de dar razones de qué hacen, por qué lo hacen... De pensar sus clases tanto cuando la diseñan como una creación artesanal, casuística,**

⁷ La Dra. Gloria Edelstein fue Profesora Titular a cargo de la Coordinación General del Seminario Taller de Práctica Docente y Residencia durante más de tres décadas, desde los años 80 y hasta su jubilación, y sigue siendo una referencia ineludible, con quien seguimos conversando cada vez que necesitamos repensar el dispositivo de formación que ofrecemos.

singular, como también en retrospectiva, esto es, volver a pensarla para encontrar algunos núcleos de sentido, racionalidades, acciones, qué pasó allí con el uso de la palabra... Son ejercicios que tienden a abordar esas vivencias y poder transformarlas en experiencias, poder narrarlas. Y se abre aquí otro de los núcleos interesantes de tu pensamiento, Jorge, que tiene que ver con el lenguaje, y sobre todo con algunas palabras que se convierten a veces en “lenguas muertas”, impronunciables, porque son como “lenguas de nadie” y porque no se sabe quién habita allí. ¿En qué lenguaje te parece, Jorge, que sería valioso hablar sobre estas experiencias, en qué clave habría que narrarlas? A veces tenemos la sensación de que cuando posamos esa mirada analítica y sintética sobre algo tan singular como la experiencia, la estamos, de alguna manera, profanando...

J.L.: Sí... Hace poco tiempo trabajé de nuevo en Portugal sobre un texto con artistas... Pero hace mucho tiempo que le doy vueltas de diferentes formas a un texto muy cortito, de principios del siglo XX, que es la Carta de Lord Chandos, de Hugo von Hofmannsthal (2008). Es un texto donde un escritor –Hofmannsthal hasta se inventa un personaje del siglo XVI, de la época de Shakespeare, Lord Chandos– le escribe una carta a un amigo diciéndole que tiene una extraña enfermedad y es que la lengua se le está corrompiendo. La cita más famosa dice: “Las palabras abstractas, de las cuales la lengua por ley natural debe hacer uso para sacar a la luz del día juicios de cualquier clase, se me descomponían en la boca igual que hongos podridos” (p. 126). Es esa sensación de que uno va a decir una palabra, la toca con la punta de la lengua, ve a qué le huele, a qué le sabe y piensa a veces que está un poquito podrida... Entonces, lo que le pasa a Lord Chandos es que va enmudeciendo. Y en el final, que es muy impresionante, le comunica a su amigo que nunca más va a escribir, “porque la lengua en que quizá me fue dado, no solo escribir, sino también pensar, no es el latín, ni el inglés, ni el italiano, o el español, sino una lengua de cuyas palabras ni siquiera una sola me es conocida; una lengua en la que las cosas mudas me hablan y en la que quizá un día en la tumba tendré que rendir cuentas a un juez desconocido” (p. 35). Es decir, es un poco la crónica de un enmudecimiento, pero un enmudecimiento no porque le falten las palabras, sino porque las que hay, le saben a podrido...

E.D.: **Son palabras que ya no le significan nada...**

J.L.: Sí... De hecho, he propuesto unos ejercicios con ese texto que llamo “Palabra muda”, jugando un poco con la polisemia de la palabra muda, que significa “silenciosa”, pero también “que muda”: la muda de una ropa, la muda de una planta, de una serpiente... Una palabra que puede ser adjetivo,

que puede ser verbo... Entonces, para que unas palabras muden, para que cambien, pues a lo mejor hay que abandonar algunas... Así, en esos ejercicios, alguna vez le he propuesto a la gente que diga palabras que ya no usarían, palabras que hemos abandonado al enemigo, porque uno las toca con la punta de la lengua y piensa que no... De allí lo de las palabras tachadas del *P de Profesor*, un ejercicio que, obviamente, es un poco irónico, claro, porque es muy violento esto de prohibir palabras. Pero es un poco para pensar en aquellas palabras que han sido capturadas por el enemigo y que, o bien somos capaces de resignificarlas o si no, es mejor abandonarlas, porque llevan por caminos equivocados. Entonces, esa cosa de borrar palabritas de la lengua es como muy divertido, y decir: “Nunca más diremos tal cosa, nunca más hablaremos de esa manera”. Pero claro, cuando leemos a Lord Chandos, todos tenemos ganas de decirle que no: “No nos abandones, eres muy buen poeta, sigue hablando”.

Porque yo, con la lengua, tengo una relación muy ambigua, como nos pasa a todos los que la amamos, los que tenemos un poquito el corazón filológico, de amor a la lengua. Por una parte, te duele, pero por otra, luego piensas que no tenemos otra cosa y aún creemos en ella... Eso también tiene que ver un poco con lo que está pasando aquí afuera: quizás la democracia tiene que ver con una creencia, tal vez un poco idiota, en que una sociedad puede regularse a sí misma por la palabra, por la argumentación y no por el dinero, o por las ambiciones... Entonces, no nos queda otra, y a los que somos profesores, ¡menos! No nos queda otra que creer en la palabra, porque una clase casi siempre empieza diciendo: “Bueno, hoy vamos a hablar... de tal cosa”. Por tanto, nuestro oficio es un oficio que tiene que ver con hablar de algunas cosas, es decir, no podemos callar. La degradación de la lengua la tenemos en lo que está pasando aquí en la puerta, porque una de las claves de lo que está pasando en política es que la lengua está sometida a un proceso intencional de degradación, de manipulación, de utilización espuria...

E.D.: Sí, han tomado la palabra “libertad” y tantas otras, sobre las que tendremos que dar pelea para disputar nuevamente el sentido, ¿no? Esto de la falta de palabras, de quedar mudos, es algo que llama la atención entre quienes, además de integrar equipos docentes en la Universidad, trabajamos en escuelas secundarias... Sobre todo desde el regreso de la pandemia, algunos de nosotros hemos notado que, frente a la imposibilidad de la palabra entre pares, a veces afloran las emociones casi sin mediación... El enojo, por ejemplo, que conduce hasta a la violencia física: “Me miró mal, pero no puedo hablarle”. Entonces, uno se pregunta cómo trabajar en el manejo de las emociones cuando no circula la palabra...

J.L.: Un poco Occidente es eso, ¿no? La filosofía tiene esa fundación. Una sociedad no puede estar regulada por las tradiciones, por lo que dicen los dioses, sino que debería estar regulada por lo que los ciudadanos libres son capaces de decirse entre ellos: por las palabras buenas, justas y verdaderas, y no por las más antiguas o las que se pronuncian más fuerte, sino por las que son más justas... Y la escuela se fundamenta en la convicción de que las cosas hay que hablarlas, por eso decía esto de que la clase siempre empieza con un “Hablemos hoy de esto”.

En la conferencia que di en el Instituto Superior de Estudios Pedagógicos, conté la historia de uno de mis profesores, que nos hablaba de cuando él era un niño que iba a la escuela primaria; era una escuela cercana a Madrid, en plena Guerra Civil. Pasaban los bombardeos por encima del pueblo todos los días y nos contaba: “El maestro, Don Francisco, nos hacía leer un capítulo del Quijote cada semana”. Las órdenes eran tres: “Lean ustedes esto; escriban lo que la lectura les ha sugerido y luego hablaremos un poco de esto”. Entonces luego, decía: “hice el Doctorado en Alemania con Gadamer y era exactamente igual: lea usted esto, escriba lo que la lectura le ha sugerido y hablemos un poco de esto”. Entonces, ese triple imperativo es mágico, funda un poco todo: la convicción republicana y la convicción democrática de que enseñar a los niños a leer, a escribir y a conversar es una práctica que nos hace mejores. No sólo individualmente, sino que hace a una sociedad mejor. Nosotros creíamos eso y no estoy seguro de si seguimos creyendo, o si podemos seguir creyendo en eso... A lo mejor no; pero si no creemos en eso, pues mejor nos dediquemos a otra cosa ¿no?

E.D.: **Quizás con algo de esto tiene que ver nuestra apuesta de sostener el diálogo y la palabra, el transmitir... Desde nuestro lugar como formadores de profesores, aparece recurrentemente esa tensión en los practicantes sobre cómo construir y habitar esa posición y para nosotros el desafío de habilitarles, de compartir, de encontrar nuevas palabras para que, al menos, puedan decir esa incomodidad que sienten, sobre todo, en esto de transformarse en la autoridad del curso, adoptar esa posición de adulto a cargo de un aula...**

J.L.: A mí me parece que eso es un síntoma de los tiempos... El que los profesores y los padres están dimitiendo de sus responsabilidades, por no querer influir. Pero es que a veces, nuestra responsabilidad es justamente decir: “No, esto así no es, es así”. Desde luego, siempre con buenos modos, con cierta precaución, sin creerse uno el dueño de la razón. Pero sí ser capaz de decir, por lo menos: “Hablemos de esto y tomémoslo un poquito en serio”. Quizás suene una fórmula demasiado simple, que todo profesor sabe: en la escuela, como en la

universidad, es fundamental poder hablar de lo que uno piensa –porque uno tiene el derecho a decir lo que piensa– pero también el deber de pensar lo que dice... No se puede decir cualquier cosa. ¿Se puede decir lo que uno piensa? Sí, pero la obligación es pensar lo que se dice y, por lo tanto, asumir que son lugares donde la lengua no solo fluye, sino que es, de alguna manera, regulada. También donde la lengua es exigente, como decías tú hace un rato: los invitan a razonar, a volver sobre lo que hicieron, explicar por qué, dar cuenta de ello...

A mí me gusta mucho ese ejercicio, que es a la vez “dar cuenta” y “darse cuenta”, que son la misma cosa: “dar cuenta”, “darse cuenta” y “caer en la cuenta”, que es una expresión bien bonita, ¿no? Antes “no me daba cuenta” y ahora “me doy cuenta”. Pero es que dar cuenta de algo no es, solamente, someterse a un juicio: es también darse cuenta, es también pensarlo y repensarlo... Eso también es un viejo lema griego que tiene más de dos mil años. Decir y pensar es la misma cosa: la palabra griega “logos” significa decir, pero también significa pensar. ¿Con qué se piensa? ¡Pues con la lengua! Si no, ¿con qué se va a pensar? ¡Con la palabra, no hay otra manera de pensar!

Entonces, la escuela tiene que ser un lugar donde el pensamiento esté regulado: no se puede pensar cualquier cosa, ni pensar de cualquier manera. Eso no es dogmatismo ni nada: simplemente, es asumir que para eso está la escuela y sus rutinas. Porque si no, es todo una papilla que da igual: si renunciamos a eso, dimitimos de nuestra responsabilidad. Si empezamos con que todo depende, pues bueno... ¡Alguien te ha puesto aquí para que hagas algo!

E.D.: Has hecho una opción, además, por un oficio que tiene que ver con compartir las palabras... Otra cosa que nos ha interpelado mucho de tus textos es esta manera de entender la educación como filiación en el tiempo y como comunicación del mundo. Nuestra materia de estudio es la enseñanza de la historia: es a lo que invitamos a nuestros estudiantes a poner en común, a prestarle atención e interés... Hay algo que planteas en *El profesor artesano* y que tiene que ver con la necesidad de “alargar el mundo hacia el pasado y hacia el futuro” que nos interpela especialmente porque desde hace muchos años trabajamos con mucho interés los textos de didactistas como Joan Pagés o Antoni Santiesteban, que nos hablan acerca de la importancia de enseñar y aprender a pensar históricamente el mundo, asumiendo el presente en su densidad temporal, intentando que los estudiantes puedan verse como sujetos con capacidad de agencia, con posibilidad de imaginar y construir el futuro.

Hay en tus textos mucho de la idea de futuro también. Hay un autor, Santiago Alba Rico, al que mencionas desde hace un tiempo que tiene un

ensayo con un título que encontramos muy estimulante: *Todo el pasado por delante* (2017). Nos parece muy interesante, porque una de las cosas que esos didactistas nos invitan a pensar es que el tiempo de la enseñanza de la historia no es el pasado, sino el futuro, que los sujetos puedan imaginarse a cargo de la polis, construyéndola ¿Qué podrías decirnos, Jorge, sobre esa relación fundamental para quienes somos profesores en Historia, que es la que se puede tejer entre pasado, presente y futuro, sobre esto de alargar el mundo en su temporalidad?

J.L.: Hay un autor que estoy leyendo mucho últimamente, Pascal Quignard, que dice una cosa muy curiosa. Él dice que está muy contento de vivir en esta época, porque el pasado crece cada día más... Es verdad: cada día los historiadores, los paleontólogos, te dan noticias más interesantes. Entonces: si el presente está un poco tontorrón y el futuro se ve más tontorrón todavía, porque está definido por las empresas y estas cosas, pero el pasado ¡está cada vez más interesante! El que piense que el pasado es fijo, está equivocado, porque cada día nos está diciendo cosas nuevas. Eso le hace decir que las novedades vienen del pasado, porque hay más cosas interesantes allí, que te hacen pensar y construir proyecciones hacia el futuro... Quizás por eso algunos estamos tan contentos de que haya siempre historiadores, que nos cuenten cada vez más cosas y que nos las cuenten de un modo interesante... Que las cosas que ya pasaron, nos las cuenten de otros modos y que nos digan otras cosas... Eso es algo que tenemos que agradecer siempre: que nos cuenten cuentos bonitos y que nos traigan del pasado las novedades.

Porque muchas de las miserias de esta época, como lo que está pasando allí afuera, tiene que ver con las memorias, o con las cancelaciones de la memoria, que en los chicos de ahora suele ser muy impresionante, porque muchas veces la sensación que tienes es que creen que el mundo empieza con ellos: “Aquí vengo y el mundo empieza conmigo”. El tópico es: “Todo era una mierda, hasta que llegué yo... Aquí llegué a cantar distinto”. Eso no es así: el mundo no empieza contigo. Eso es un poquito... No sé, ¡tiene que ver hasta con la humildad! No puede ser eso de que el mundo empieza contigo: “Es que siempre ha sido así, hasta que llegué yo”. Ese uso del siempre ¿no?

E.D.: **Nada más ahistórico que pensar que algo ha sido así desde siempre, o que será así para siempre...**

J.L.: Creo que lo peor que podemos hacer es sentir culpa como adultos... Porque no hemos sido “los adultos”. Han sido algunos adultos, que han querido ganar mucho dinero con algunas cosas y que saben que la cancelación de la memoria

y la degradación de la lengua tienen que ver con el mantenimiento del poder y de ciertos privilegios...

E.D.: Sí, claro, invisibilizan el poder de esa manera y, al naturalizarlo, es como un velo... Nos parece que tenemos esa responsabilidad, o al menos lo pensamos en esos términos. Cuando estos docentes practicantes han hecho su experiencia, han logrado mirarse, darse cuenta y sostenerlo, tiene que ver con que han encontrado el valor de la palabra. En esos momentos, sentimos que hemos dado herramientas para que el otro se construya. Pensamos que ojalá pueda, en adelante, ser eso con los jóvenes. Es muy difícil construir esta relación, esta posibilidad de sostener un legado común pero, al mismo tiempo, darle al otro la posibilidad de transformarlo... Es su época, su período, tiene que poder hacerlo, pero no creer que es él solo el que lo hace, como si no hubiera un mañana, o sin una reflexión sobre el pasado. Es en esa relación pasado-presente donde ancla toda esa idea... Al menos, es algo en lo que pensamos mucho cuando definimos la formación como un proceso: cómo me he ido construyendo, de qué me he ido nutriendo. A veces se construyen con relación a no querer ser como esos docentes que tuvieron. Pero quiénes quieren ser, es algo que tienen que constituirlo en relación a todo esto de lo que estamos hablando... Por eso, aunque digas que no sabes si ya es tan valiosa la idea de experiencia o que quizás quien escribe, en algunos momentos, necesita irse de ahí, para nosotros sigue siendo muy importante, porque lo que vemos son “los nuevos” acercándose, y en ese sentido, sigue siendo muy valioso. Aparte, Jorge, alguna vez escribiste que lo importante no son los textos en sí, sino lo que nos permiten pensar... Los tuyos nos han permitido pensar muchas cosas, nos han resultado muy estimulantes, realmente.

A ese Jorge autor lo hemos leído y lo seguiremos leyendo, pero queremos preguntarte ahora por el Jorge profesor... Sabíamos, claro, que eras profesor, pero es quizás en tus últimos escritos donde nos cuentas más de eso, en esa “Trilogía del oficio”, que empieza con el *P de Profesor*. En alguna de las presentaciones de ese libro que está en las redes, comentas que Karen Rechia, la co-autora del texto, se acercó y te dijo que estaba interesada en conocer tus maneras de ser docente. Hay un ejercicio que nosotros hacemos al iniciar el cursado de nuestro Seminario, partiendo de una idea que vos trabajas en el “Esperando no se sabe qué. Sobre el oficio de profesor”, que tiene que ver con que las maneras de ser docente están inscriptas en el cuerpo... Les leemos primero un cuento de una autora italiana, Susanna Mattiangeli, que se titula *Cómo funciona la maestra* (2013), que es de alguna manera un retrato precioso de las maestras. Nos dice que dentro de la maestra están los números, las tablas, los ríos, los

montes, el reloj, los cinco sentidos, el hombre primitivo... Sobre la maestra a rayas se escribe, sobre la cuadriculada, se hacen las cuentas. A partir de ese disparador, hacemos una pregunta, quizás enorme, que es la que te queremos hacer ahora, no al Jorge autor, sino al profesor: ¿de qué está hecho el Jorge Larrosa profesor?

J.L.: ¡Uf! Bueno... Como cualquier practicante de cualquier oficio, ¿no? Piensa en un carpintero, en un cocinero... Está hecho, en primer lugar, de una tradición, es decir, cuando uno empieza a ser profesor, los procedimientos están ya ahí, puestos... Cuando uno empieza a ser carpintero, las herramientas no las inventas tú, la madera tampoco: está todo ahí. Por tanto, hay un repertorio de formas, de maneras, de dispositivos, de procedimientos, que uno se los encuentra... Esto, creo, en una posición ambigua: se lo encuentra en tanto que lo puede usar y por tanto, lo habilita para hacer cosas; pero también en tanto que tiene que transformarlo, como toda herencia. Se recibe y, al mismo tiempo que se acepta, se usa de otra manera. El Jorge Larrosa profesor está hecho, también, de los profesores que tuvo, de un trabajo que tiene miles de años y donde nadie ha inventado nada.

Está hecho también, como todo oficio artesanal, de una comunidad, de toda la gente con la que uno habla sobre lo que hace, sobre cómo le va en lo que hace y lo que le pasa a lo que hace... Entonces yo, como todo profesor – como todo carpintero y como todo cocinero– pues hablo con mis amigos. Esa comunidad no hace falta que sea personal: también está, por ejemplo, en lo que lees. Vosotros, por ejemplo, se hicieron profesores –¡se los agradezco!– leyendo, entre otros, a mí. Por tanto, he formado parte de esos amigos con los que, de pronto, han conversado sobre algún asunto...

Entonces: uno está hecho de una tradición, de una comunidad. Seguramente también está hecho de... Sí, de un amor. Le gustan algunas cosas y no otras. Ese amor a veces es raro... Es una opción por una forma de vida. Te gusta un mundo que está hecho de palabras, de conversaciones, de paredes...

Luego, a mí me parece que lo fundamental tiene que ver con la relación que uno tiene con lo que aprende, porque aprender es muy impresionante. Eso de conectar con algo que uno no sabe: aprender música, aprender a pintar, descubrir algo... ¡Se te amplía el alma de una manera muy impresionante! Conecta uno con una fuerza que antes no tenía, es una sensación casi física, ¿verdad? Como de decir “Uy, ¡qué bien!”. Nosotros, que tenemos un ramalazo un poco filosófico, esa cosa de decir: “¡Nunca lo había pensado así!”. ¡Y qué alegría te da que alguien te haga pensar algo de una manera que nunca lo habías visto de esa forma, te da como una alegría corporal! Entonces sientes unas ganas de

ir a contárselo a otros, ¿verdad? Creo que hay algo que podríamos llamar entre nosotros “pasión de enseñar”, que tiene que ver con la pasión de aprender...

Recuerdo de mi época temprana escolar un par de cosas que aprendí en la escuela y que desafiaban el sentido común... ¡Que tenía unas ganas de ir a contárselo a todo el mundo porque pensaba que los demás no lo sabían! Una era cuando me dijeron en la escuela que la luna no tenía luz propia... Yo decía: “Pero ¿cómo es posible, pero no la ves o qué?”. Pues, ¡no! Me lo explicaron clarito: que no tenía luz propia, que era la luz del sol reflejada, y así... ¡Te da una alegría! Piensas: “Igual y mis padres no lo saben”. ¡Tenía unas ganas de ir corriendo a decirle a todo el mundo que la luna no tenía luz propia! Es como un descubrimiento que dices “¿¡Cómo he podido vivir sin darme cuenta de que la luna no tenía luz propia!?”. Parece una tontería, pero creo que el oficio está hecho un poco ahí, ¿no? ¿Cómo he podido vivir sin haber leído no sé qué, sin haber pensado no sé qué? Eso no te hace arrogante: no es que, porque ahora sabes que la luna no tiene luz propia, te crees el mejor y el más listo, no... No te hace arrogante para nada, es al revés... Pero uno piensa cómo se puede vivir sin...

E.D.: ¡Sin ser profesor!

J.L.: Bueno... ¡cada uno según lo que te guste! ¿Cómo se puede vivir sin haber leído a Cortázar? ¿Cómo se puede vivir sin saber cómo se llaman los árboles de las Sierras de Córdoba, cómo vivir sin saber eso?

E.D.: Mencionaste algunos profesores que tuviste... Cuando indagamos un poco en la biografía de nuestros estudiantes, siempre aparece la representación de algún profesor... ¿Qué pensás de esa filiación?

J.L.: Es posible que alguien tenga que haberlo visto... En mi caso, más que por una persona, es por un lugar... Hay una frase de Peter Hanke que cito en alguno de los libros de la “Trilogía del oficio” que dice: “Mido la belleza de un lugar por mis ganas de trabajar allí”. Es decir, me gusta un sitio no porque diga: “Uy, ¡qué bonito!”, sino porque me gustaría vivir aquí, estar cerquita de esto... Vi una película una vez, de una cocinera negra, afroamericana de Estados Unidos, muy famosa, que le preguntaron cómo había llegado... Ella dice: “Es que cuando vi esta cocina, pensé que quería trabajar aquí, me gustó tanto lo que veía que pensé que quería estar en un sitio parecido a éste”. Entonces, en mi caso, no creo que haya sido tanto por alguna figura que admirara y que dijera: “Quiero ser como Fulano”, sino que fue más bien un “quiero estar aquí”. De hecho, entré a la escuela, dice la leyenda que a los dos años, y ya sabía leer,

porque mi madre era maestra de párvulos. Nos llevaba, desde que sabíamos andar, a sus clases. Hacíamos lo mismo que hacían los demás: hacíamos fila para hacer la muestra, para leer la cartilla... Entonces, puedo decir que entré en la escuela en aquellos años y aún no he salido de ella... No me parece mal, estoy contento de eso, de haber habitado ese lugar, en diferentes contextos, en diferentes épocas... Pero, de haber vivido en ese lugar, no me arrepiento. ¡Pienso que los hay mucho peores! Pero creo que sería más por amor al centro y no a una figura marcante... No es tanto por decir “Quiero ser como Fulano”, sino más bien como lo de la cocinera: “quiero estar aquí, o por aquí cerquita”.

E.D.: Hace poco tuvimos, Jorge, la clase de cierre y traíamos una imagen a partir de una anécdota que cuenta que Joan Pagés estaba un día caminado por San Telmo, en Buenos Aires, y vio una placa en un muro de una escuela que decía los versos finales de un poema de Amado Nervo⁸: “Aquí se piensa, aquí también se lucha. Aquí se ama”. Como vos decís, le dimos en la clase algunas vueltas a esos tres verbos –pensar, luchar y amar– para referirnos a la triple dimensión de nuestro oficio en tanto intelectual, político y ético. Queríamos preguntarte cómo resuenan en vos esos verbos, Jorge...

J.L.: Fijate que hice un ejercicio parecido, pero con otra referencia, que era... Lo hice con una amiga argentina, que hizo conmigo un curso. Entonces utilizamos el lema de las juventudes del Partido Comunista Cubano que es “Estudio, trabajo y fusil”, que cada uno de ellos tiene un representante: el fusil es el Che Guevara, el trabajo es Camilo Cienfuegos, y así... Pensábamos nosotros que son tres modos de vida, que vi, curiosamente, que se correspondían con los tres órdenes medievales... El guerrero, el campesino y el clérigo. Los estudiosos seríamos los herederos de los clérigos, los militantes serían los herederos de los soldados, y el trabajo de los *laboratore*... Son modos de vida, que también implican una elección ¿no? Voy para clérigo, o voy para campesino... Pensamos también que a veces no se puede ser todo: entonces uno puede ser un estudioso, pero gracias a Dios tiene amigos militantes, no hace falta estar en todo, porque somos limitados. Pero bueno, jugamos con eso, ¿no? ¿Qué hay en tu vida de estudio, de trabajo y de combate, de lucha, de resistencia? En lo que has dicho tú, creo que el pensamiento no es monopolio del estudio: creo que el pensamiento está en la acción, en el combate, en el trabajo... No se puede decir que el pensamiento tiene que ver con lo que hacen “los pensadores”: se piensa todos los días y a veces no porque se quiere ¡sino porque no queda más remedio! El pensamiento atraviesa el estudio, el trabajo y el fusil... ¡El amor también atraviesa las tres! Y el luchar, también... siempre he pensado en mi

⁸ Se hace referencia a los versos finales de “Éxtasis”, de Amado Nervo.

oficio –quizás es diferente un profesor de Medicina o Arquitectura–, pero mi manera de ser profesor ha sido leer, escribir y conversar, porque mi objeto de conocimiento tiene que ver con la palabra. Entonces, la palabra es un poquito tu instrumento y aquello sobre lo que tú trabajas. Siempre he pensado que, en el interior de la palabra, también hay lucha, hay un combate que tiene que ver con las palabras...

E.D.: Con disputar sentidos del mundo...

J.L.: Con disputar sentidos, con pensar por qué estas palabras y no otras...

E.D.: Esto que decís tiene que ver también con lo que está pasando afuera... Hay una disputa de sentidos que, como profesores de Historia y como formadores de profesores, hay un desafío de cómo transmitimos la importancia de no dejarse ganar ciertas palabras. Hace un rato hablábamos, por ejemplo, de libertad, o libertarios... Es una categoría histórica la de libertario, que hoy tiene otra connotación en términos económicos, en términos políticos. Entonces, hay una disputa de sentidos también con la palabra dicha en el aula.

A mí me parece que eso es clave... Siempre me parece que la palabra es clave, pero este año me había propuesto tratar de deconstruir estos sentidos y hacer un poco la genealogía de por qué cuestionaban los significados que se le daba, en ciertos grupos, a ciertas palabras. Me dediqué a trabajar, por ejemplo, cómo surgió el movimiento obrero en Argentina, desde dónde, quiénes, por qué venían... Y cómo el sentido de decir “libertario” era absolutamente diferente, era del anarquismo. Al final hice un cierre y les pregunté qué significaba para ellos este domingo tener que tomar una posición⁹, asumir su responsabilidad en estos 40 años de democracia ¡He leído cosas de las más maravillosas! A veces uno cree que hay alumnos indiferentes porque no toman la palabra, pero también hay toda una serie de cuestiones en un aula para tomar la palabra. No obstante, se animaron a escribirlo. Allí entonces construimos algo que posibilitó que ellos, si bien no tomaron la palabra en la comunidad, escribieron algo...

J.L.: Quiero ver si puedo encontrar una cita, que tiene que ver con eso que dices, de Agustín García Calvo... Aquí está: *“Las palabras, pues, camaradas, cojámoslas y vayamos descuartizándolas una a una con amor, eso sí, ya que*

⁹ Se hace referencia al balotaje en las últimas elecciones presidenciales argentinas, que fue el 19 de noviembre de 2023.

tenemos nombre de “amigos de la palabra”; pues ellas no tienen por cierto parte alguna en los males en que penamos día tras día, y luego por las noches nos revolvemos en sueños, sino que son los hombres, malamente hombres, los que, esclavizados a las cosas o dinero, también como esclavas tienen en uso a las palabras. Pero ellas, con todo, incorruptas y benignas: sí, es cierto que por ellas este orden o cosmos está tejido, engaños variopintos todo él; pero si, analizándolas y soltándolas, las deja uno obrar como libres alguna vez, en sentido inverso van destejiendo sus propios engaños ellas, tal como Penélope por el día apacentaba a los señores con esperanzas, pero a su vez de noche se tornaba hacia lo verdadero”.

¡Daría un brazo por haber escrito eso! “Las palabras, pues, camaradas, cojámoslas y vayamos descuartizándolas una a una con amor, eso sí, ya que tenemos nombre de ‘amigos de la palabra’. Ellas, incorruptas y benignas... Eso sí, de engaños variopintos todo él, el cosmos está tejido”. Pero de la misma manera que engaña, desengaña, ¿no? La palabra es mentira y es verdad... ¿No es bonito eso para que lo pongas en el final?

E.D.: Sí, es realmente hermoso. Gracias, Jorge, por recibirnos y por esta conversación.

Bibliografía nombrada

Alba Rico, S. (2017). *Todo el pasado por delante*. Madrid: Catarata.

Larrosa, J. (2000). *Pedagogía Profana. Estudios sobre lenguaje, subjetividad, formación*. Buenos Aires: Noveduc.

Larrosa, J. (2019). *Esperando no se sabe qué. Sobre el oficio de profesor*. Barcelona: Candaya.

Larrosa, J. (2020). *El profesor artesano. Materiales para conversar sobre el oficio*. Buenos Aires: Noveduc.

Larrosa, J. (2023). *Alma se tiene a veces. Ejercicios de retirada*. Buenos Aires: Noveduc.

Larrosa, J. y Rechia, K. (2018). *P de Profesor*. Buenos Aires: Noveduc.

Lorenz, F. (2019). *Elogio de la docencia. Cómo mantener viva la llama*. Buenos Aires: Paidós.

Masschelein, J. y Simons, M. (2014). *Defensa de la Escuela. Una cuestión pública*. Buenos Aires: Miño y Dávila.

- Mattiangeli, S. (2013). *Cómo funciona la maestra*. Buenos Aires: CalibroscoPIO.
- Skliar, C. (2023). Celebrar la conversación. En: Skliar, C. *Cartas educativas. Una correspondencia pedagógica con los colectivos docentes*, pp. 137-140. Buenos Aires: Noveduc.
- von Hofmannsthal, H. (2008). *Una carta (de Lord Philip Chandos a Sir Francis Bacon)*. Valencia: Pre-Textos.